

## Tomas de posición

Ante el 28 de octubre

## El voto catalán y el voto vasco

*En el País Vasco y en Cataluña las elecciones van a tener una significación especialísima, sin paralelo posible con el resto de la nación. Serán la mejor prueba para determinar la extensión de los movimientos autonomistas, para distinguir nacionalismo de separatismo, para medir el respaldo real con que cuentan los grupos radicalizados del independentismo próximo a ETA. También para calcular el peso real de los partidos de centro-derecha unidos en coalición. Dos escritores comentan hoy, en estas páginas, algunos aspectos de la actividad política vasca y catalana: Baltasar Porcel desde Barcelona y Ramón Sierra desde Bilbao analizan el panorama del día 28. Y ambos subrayan el papel del centro-derecha en el futuro de las dos autonomías*

## Un experimento: la coalición de las derechas vascas

Por Ramón SIERRA

En el País Vasco se ha iniciado un experimento excepcional en los laboratorios electorales de este octubre del 82: la coalición de los ucedistas, los demócratas populares —hoy, hermanos separados, pero hermanos, procedentes, ambos, de la gran familia socio-política que fundó Angel Herrera—, los liberales de Garrigues y los aliancistas de Fraga. Un experimento que calificamos de excepcional, porque en las demás tierras españolas no se consiguió que Landelino Lavilla, el líder de los ucedistas, fumase la pipa de la paz con los seguidores de Alzaga, o de Garrigues, o de Fraga, entre otras razones porque, salvo error u omisión, ninguno de ellos fuma en pipa. Y la pregunta que impacienta ya la punta de mi bolígrafo es obvia: ¿tendrá éxito este experimento? En el muy resbaladizo terreno de las conjeturas electorales, cualquier predicción sobre el número aproximado de los votos que van a conseguir los partidos inscritos en esta gran carrera nacional es muy arriesgada, pero lo es menos el análisis anticipado de las secuelas accidentales que va a engendrar la gran pugna del 28 de octubre.

Esta coalición nos va a concretar cuál va a ser el lugar que ocupan en 1982 los partidos no nacionalistas ni marxistas en el mapa político del País Vasco. Quiénes voten a los candidatos de la coalición rechazan las ofertas de los nacionalistas vascos de todos los grados de acidez de su variadísimo surtido de remedios políticos y repudian, también, a los ¡siete! partidos comunistas que se presentan en

Vizcaya, y a los civilizadosísimos «eurocomunistas» de Santiago Carrillo, y a los socialistas del «cambio». «Pero, ¿es que todavía nos queda algo que cambiar?», preguntaba Bianco Tobío, en un soberbio artículo que publicó recientemente A B C. Las urnas nos van a descubrir, además, lo que van a hacer los «abstenidos», quienes por un pelo no echaron a pique el Estatuto de Guernica. ¿Cuántos votarán a los candidatos de la coalición? Si desciende el número de los abstenidos es razonable abonar esa cantidad en las cuentas de los coligados. Tampoco podemos calcular con exactitud las aportaciones del PDP y de los liberales, en lo esencial, los votos de sus correligionarios, pero será mucho más fácil comprobar los signos positivos o negativos de las votaciones ucedistas o aliancistas, porque tienen antecedentes electorales en los comicios del 77 y del 79.

Las urnas nos van a esclarecer también los éxitos o los fracasos habidos en la selección de los candidatos entre los poquísimos «notables» vascongados, que tradicionalmente rara vez deciden a entrar en las desagradables canchas de los deportes políticos. ¿Qué ha sucedido, por ejemplo, con Olarra, un «carismático» discutido, lo que suelen ser casi siempre los indiscutibles; cuál ha sido la cantidad y la cualidad de los apoderados encargados de fiscalizar las votaciones; y la de aquellos que tienen a su cargo las propagandas; y si han sido o no eficaces los mártires a quienes se confían las finanzas y la contabilidad y la tesorería de las aventuras electorales? Pero,

sobre todo, nos dirán si ha funcionado o no, sin excesivos roces, el mecanismo de ese artefacto electoral que se asienta sobre cuatro ruedas independientes. Dicho de otro modo, ¿podrá repetirse este experimento en las elecciones locales de 1983? ¿Conseguirán gobernar, o participar ampliamente en la administración del País Vasco, los coligados de 1982? Por otra parte, ¿hasta qué punto va a seguir aceptando don Landelino Lavilla que en las Vascongadas continúe reinando —de hecho— don Marcelino? La verdad es que don Landelino no despierta grandes entusiasmos en las Vascongadas... Quizá porque San Landelino se usa poco en los bautizos de mi patria chica: tan poco, que en el santoral de Sabino Arana no aparece San Landelino, pero sí San Markelen, San Marcelino.

Creo que, asimismo, va a ser muy interesante comprobar si van a arraigar o no en las Vascongadas los dos nuevos partidos, el PDP y los liberales. Ambos tienen raíces seculares, los liberales, y menos seculares, PDP. Los primeros discípulos descienden de los liberales vascongados: isabelinos o alfonsinos: fieles a Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret, Romanones..., y los segundos, repetimos, de los primeros discípulos de Angel Herrera, y, entre ellos, de Gil Robles, que no tuvo que padecer la división de sus huestes. En nuestros días, en cambio, parecen irreconciliables los seguidores de Lavilla y de Alzaga. Y los aliancistas son, en realidad, los sucesores legítimos de los liberales-conservadores

de Cánovas, Maura, José Calvo-Sotelo.

Por otra parte, el 28 de octubre y su campaña electoral influirán sobre el futuro de los actuales líderes de los partidos coligados en las provincias vascongadas. Sin menospreciar, en absoluto, a los actuales líderes de la AP, del PDP y de los «liberales», creemos que el que más asentado está, dentro de su partido, la UCD, es Marcelino Oreja. Está vinculado a nobles familias guipuzcoanas, vizcaínas y alavesas; forma parte de los órganos rectores de muy importantes empresas vascongadas, y figura ya en el friso de los ministros de Asuntos Exteriores —aunque la denominación de este Ministerio ha sido muy variada— vascongados: cinco vizcaínos, Urquijo, Aliende Salazar, Lequerica, Castiella, Arellano, y un guipuzcoano, Oreja. Y cuando ocupó la Delegación del Gobierno español en Vitoria tuvo un gesto simpático y acertado, el de izar en el jardín de la Delegación una gran bandera española que flamea «escandalosamente» sobre el caserío vitoriano. Este gesto le servirá para aliviar las penas del purgatorio que deben pasar quienes cometieron el gran error de no «rebelarse» contra Suárez cuando se pudo comprobar —muy pronto— que la casaca de los estadistas le sentaba mal. Y esperamos que ahora no confíe demasiado Marcelino Oreja en la posibilidad de «resucitar» a nuestras entrañables provincias vascongadas si no se reforma seriamente el Estatuto vasco..., cuando los españoles tengamos tiempo y humor para este tipo de reformas.